

ÍNDICE

Modo de empleo	11
1. El desafío que marca la frontera	13
2. El Procedimiento	19
3. Alma de tarugo	71
4. Sexo, mentiras y medicinas	109
5. De bota, de bata, de corbata	129
6. Las ovejas negras	159
7. Ningún regalo es gratis	175
8. Cazadores de talentos	187
9. Robinhood en el bosque de lágrimas	215

EL DESAFÍO QUE MARCA LA FRONTERA

El secreto de un buen trabajo periodístico está en sus fuentes, en las personas que informan. Hay fuentes que solo son eso, informadores, y hay otras que además son personas interesantes. En la medida en que el periodista sepa sacar la persona que toda fuente informativa lleva dentro conseguirá algún éxito en su labor y hará más fácil su tarea futura. El oficio ha perdido mucho encanto. Atrás quedaron las redacciones llenas de periodistas y otros *juntaletras* con maña, que ayudados de sus bolígrafos y libretas de papel cuadriculado aprendían el arte de encontrar personas que tuvieran buenas informaciones; algo bueno que contar. En cierta medida ha desaparecido otra de las herramientas fundamentales en el oficio: la ilusión. Ilusión por ser el primero en dar una noticia (que tiene en la novedad su razón de ser); ilusión por formar parte de una especie de servicio público básico para que una sociedad que merezca la pena funcione; ilusión por ver que el compromiso con los valores humanos tiene sus efectos colaterales positivos en la población. Todo ello hace del periodismo y del arte de curar (o al menos aliviar el sufrimiento) que denominamos «medicina» profesiones con muchos aspectos en común, ladrillos de una misma estructura.

El oficio hace tiempo que dejó en el camino buena parte de su romanticismo aunque ha ganado en algunas comodidades inocuas. Una de ellas es la facilidad con la que hoy cualquier ciudadano, fuente de información, persona o ambas disciplinas vitales puede encontrar un periodista al que confiarle algunos de sus más recónditos secretos y verdades. Por todo

esto cuando aquel correo electrónico asomó sus letras de terciopelo en la bandeja de entrada de una de mis cuentas supe que más pronto que tarde tendría una buena historia:

Buenas tardes:

Mi nombre es Nikita.¹ He visto hoy la noticia sobre «Soborno médico» en Informativos Teles y me veo en la obligación de contactar contigo. Trabajo como visitadora médico en una de las principales multinacionales desde hace diez años. Actualmente, me encuentro en situación de baja por ansiedad, tras denunciar el incumplimiento del código ético internamente (hay un protocolo para ello). La respuesta fue limitarme el acceso informático, aislar me, intentar engañarme... Así, una vez llegué a la conclusión de que todos están «compinchados» interpusé denuncia en el Juzgado de Guardia de mi ciudad en septiembre de 2007.

También he solicitado judicialmente rescindir mi contrato de trabajo. Estoy esperando la fecha del juicio. En él voy a presentar como testigos a cuarenta médicos del Salud (Servicio Aragonés de Salud) que supuestamente figuran como beneficiarios de cursos de informática (falsos) y comidas también falsas. Algunos son supuestos beneficiarios, pero en otros casos soy testigo de que se utiliza sus nombres para blanquear dinero.

No quiero seguir escribiendo sin saber si recibes bien la información, y cuando tenga fecha del juicio no tendré inconveniente en aportar toda la información y documentación para que se investigue objetivamente este caso y se informe con veracidad a la opinión pública.

Un cordial saludo,

Nikita

1. En el e-mail original consta el verdadero nombre de Nikita que, en efecto, es el pseudónimo que esta persona utiliza sobre todo para moverse con la soltura que la caracteriza en Internet.

La razón de mi alegría era clara. Había aparecido alguien que podía poseer información valiosa y tenía ganas de contarme su historia. Además, se expresaba de manera correcta y exhibía el grado de deontología periodística que apadrino: no escribo si no hay documentos que verifiquen mis afirmaciones y ella los tenía y quería que publicara su viaje a los infiernos de una corrupción aceptada. Nikita, dura de matar, como en la película de Luc Besson. Condenada a muerte por un crimen que no cometió. Acción, drama y espionaje prometían esperarme en un frente de batalla literario.

Pero Nikita no había sido el primer hilo del que yo estaba tirando para intentar deshacer esta madeja de podredumbre. Todo había comenzado en la Navidad de 2006. Aquellos auténticos Reyes Majos habían dejado en la agitada tranquilidad de mi hogar uno de los mejores regalos posibles, informaciones de gran calado social bien acompañadas de soporte documental que las avalen. El editor de una página web de salud, de diseño muy básico pero con informaciones poco habituales, había colgado uno de mis reportajes, «Medicamentos que matan». Este trabajo fue el primer resultado de mis investigaciones sobre los efectos adversos de los medicamentos y las prácticas de la industria farmacéutica. Su publicación sirvió como punto de partida de mi proceso de profundización en las actividades de este sector económico que se plasmarían en mi primer libro. El promotor de dicha web, un argentino de nombre Axel que luego desatendería la página por problemas de salud y que ya no volvió a actualizarla, había recibido un correo electrónico en su cuenta de la sección «Contacto» de un visitante médico que había leído mi reportaje y quería contactar conmigo.

A los pocos días recibí su misiva preguntándome si quería conocer su caso. Aquello tenía buena pinta. No presentaba la sutileza de las palabras con las que Nikita adornaba sus expresiones, pero dejaba entrever que tenía algo verdaderamente importante que contarme. Como no se ha de desaprovechar

una oportunidad sin al menos conocer el asunto, le dije que sí, claro que me gustaría que me explicara al menos por encima qué tenía y qué documentación podría aportarme, pues ya saben: no trabajo si no hay documentos rigurosos que acrediten lo que me narran.

La info de que dispongo es comprometedora para la empresa [en la que trabajaba]. Son doc. originales con datos de los medios a utilizar, cantidades a tener en cuenta, material de imprenta con los nombres de medicamentos, información de médicos con lo que están recetando y el lugar de preferencia, etcétera..., en fin son muchos datos con normas y directrices. Si te parece para contactar envíame un teléfono —me escribía disculpándose por la variada colección de errores de escritura del texto—. Lo estoy haciendo muy rápido y no soy muy experto en estas lides informáticas. Te ruego la mayor discreción, la mía siempre la tendrás —concluía.

Este era mi primer contacto real, aunque «virtual», con la corrupción médica. Un inframundo capaz de roerle los intestinos al más duro y, sin embargo, de esa podredumbre dependían miles y miles de seres humanos necesitados de un sustento para poder mirarse al espejo cada mañana, aunque fuera con cara de decir «basta». También era el maná para consolar la angustia que a millones de seres les suponía padecer una o algunas enfermedades, imaginarias o reales. Alguno rompería aquel espejo con el puño y dejaría su marca de sangre en los retazos rasgados de su fracaso personal. Alguno había traicionado la ética que se había comprometido a mantener. Otros ni siquiera necesitarían tales remilgos para desarrollar el Procedimiento.

Hablamos por teléfono, claro. Hablamos mucho, el material que ofrecía mi contacto era de primera clase, pura *business class*. Fuimos cogiendo confianza. Él necesitaba, ansiaba, encontrar un periodista con credenciales en estos temas para ejercer su venganza. Sí, no todas las fuentes o personas que se acercan a un periodista lo hacen por amor a la verdad, por

compromiso social o por hambre de justicia; también existen aquellas para las que esto es algo secundario, lo que las mueve es su odio a quien les ha hecho daño, una actitud muy humana por otra parte, ¿no?

En efecto, J. había sido despedido de Schwarz Pharma, la empresa para la que trabajaba como visitador médico, una multinacional farmacéutica alemana. A través del hilo telefónico una voz desgarrada, madura, que carraspeaba con frecuencia con sabor a vino viejo y tabaco, mucho tabaco, me narraba desde Oviedo lo injusto que era que le hubieran despedido. Él hacía muy bien su trabajo y este consistía en comprar la voluntad de los médicos, incluso con dinero, para que recetasen los medicamentos del laboratorio al que representaba. Superada la cincuentena, J., que podía acreditarme con los índices de producción de la compañía que había conseguido una gran rentabilidad para la compañía, sentía que no le habían valorado suficientemente. Cuando la «producción» cayó unos años después, cuando las canas que peinaba ya no aguantaban el peso del tiempo en la empresa, en esta habían decidido reemplazarlo por otro más joven, barato y maleable.

Algunas de las muchas noches en las que me llamaba, la voz de mi interlocutor se entrecortaba con sollozos, pues sentía que alguien se molestaba en escucharle. A mí se me encogía el alma. La persona que habitaba aquel ser y que se prestaba a un sórdido y mortal modelo de corrupción surgía del averno en el que él solo había profundizado. Era el espectro que se manifestaba en un mundo de fantasmas de pasillo de hospital. Esto me interesaba. Así nos entenderíamos mejor. A las pocas semanas preparaba mis maletas de ilusión para viajar a Oviedo.

Fue así como comencé a sumergirme en esta órbita de intereses privados que poco tienen que ver con la medicina, la ciencia, la salud pública. J. se encontraba en el paro de un día para otro con la obligación de mantener a su mujer tocada por la

desgracia de una madre con Alzheimer, a un hijo que no llevaba bien el peculiar estilo de vida de papá y una colección de hipotecas que se desplazaban en Mercedes. El odio sistémico de mi personaje me iba a proporcionar el conocimiento en profundidad de la infrarrealidad de una parte importante de la industria de la salud. Sobornar a los médicos es un delito y un peligro para la salud pública. J. sabía que podía hacer daño a su antigua empresa documentando a un periodista estas prácticas. No odiaba el sector en el que trabajaba, ni siquiera su profesión, que había ejercido con gusto y esmero durante años, ni tenía una visión crítica de los medicamentos o de la medicina tal como la conocemos, no. Él quería vengar su orgullo herido, y yo necesitaba comprender con la mayor exactitud posible este mar de lágrimas embalsado con la derrota de médicos consumidos por su avaricia; pacientes acorralados entre la espada de peligrosos e ineficaces medicamentos y la pared de la impunidad de quienes los enferman; empleados deshumanizados y desechados; ejecutivos sin norte, ni sur, ni este ni oeste; compañías de marketing sanitario, de gestión de congresos sanitarios, de viajes tapadera o de software para controlar lo que se receta. *Big pharma*, *Big brother* en el horizonte de todos los silencios.

Y sí, también quería conocer el rostro humano de la decadencia, sus gestos de compasión y hasta de ternura, su capacidad de rebeldía y de creación de universos paralelos, de producir el germen de la esperanza. Todo ello es lo que descubrí y es lo que voy contarles en las próximas páginas.

Algunos no tienen muy claro de qué lado están. No se puede estar en todas partes y al mismo tiempo. Ni siquiera tienen claro por dónde pasa la línea divisoria del horror de la que mis protagonistas y yo hemos estado tan cerca. Quizá por eso abrumba la dificultad para activarlos. Pero creo que ese es el gran desafío. Asumir el desafío marca la frontera.